

Carmen Danés Ribas

El vacío y la belleza

(en *Algunos lugares de la pintura, de M. Zambrano*)

Podría decirse que el carácter heterogéneo del siglo XX, el siglo de M. Zambrano, plantea la capacidad de construcción y destrucción proporcionada por el conocimiento. Por lo tanto, enfrenta al hombre con la capacidad de su propia autodestrucción; pero también permite comprender que si se entendiera por conocimiento la incursión de un enigma para manifestar otro, y por enigma aquello que se vela y revela al mismo tiempo, se descubriría la reconciliación entre enigma y conocimiento, puesto que la relación dialéctica entre ambos daría un sentido nuevo a la habitual tensión entre el conocimiento objetivo —que pertenecía a la ciencia— y el conocimiento subjetivo —que pertenecería al arte—.

El origen de la ciencia respondería a una aspiración hacia el conocimiento, y su lenguaje de talante racional obedecería a la necesidad de conseguir un dominio objetivo de la realidad exterior; por el contrario, la creación artística buscaría la expresión emocional en un ámbito en el que cada nueva aportación conviviera con las anteriores; de manera que el conocimiento artístico supone una percepción del enigma que propicia un trayecto circular.

Zambrano, de una forma muy especial en su obra *Algunos lugares de la pintura*, y con-

cretamente en el texto *El vacío y la belleza*, advierte que el mundo se abre ante nosotros, no como aquello con lo cual nos encontramos, sino como aquello respecto a lo que nos proyectamos. Parte del supuesto de que la realidad se ofrece como un sistema de significaciones y valores, y de que las distintas formas de expresión generan el mundo de las significaciones. Desde esta valoración, arte y ciencia son modos de expresión de un lenguaje que difiere sólo respecto a la exigencia de valores, pero que comparte la necesidad de comunicación. Así pues, en ambos conocimientos cristaliza la aparente alternancia entre enigma y conocimiento, puesto que el saber es también la reafirmación del enigma.

El ensayo del desbordamiento entre razón y sentimiento se ha dado desde el ámbito del pensamiento y desde el ámbito artístico. La dicotomía entre sentimiento/expresión y razón/representación sigue actuando en nuestro discurrir mental; todavía hoy continuamos construyendo, algunas veces, desde esta separación. Se sabe que el desarrollo de la estética está basado en esta aparente duplicidad, la cual ha sido motivo de lúcidas intuiciones y de múltiples asaltos en la historia del pensamiento occidental. Así pues, la estética del fragmento y la obra de arte integral constituyen polos opuestos desde los que se plantea la conflictividad entre razón y sentimiento.

M. Zambrano, como otros pensadores contemporáneos, juega con esta dicotomía y propone salvar este absurdo prejuicio. También desde este texto, *El vacío y la belleza*, se comprende que en su filosofía permanece el profundo intento de mediar la contradicción entre vida y conocimiento. Su autora señala que en el origen del arte subyace el enigma, pero también está presente la necesidad de representación. Por ello, propone un estatuto básico y reflexivo, fundamentado en un pensar que quiere ser espíritu sin dejar de ser cuerpo, capaz de mediar esta aparente conflictividad. Reclama una cultura de reconciliación y de mediación cuando intenta, especialmente desde la dimensión artística, armonizar el mundo de la razón y el mundo de los sentimientos. Plantea la posibilidad de un camino de salvación, desde la reconciliación entre el nivel expresivo y el nivel representativo, y entiende que es desde esta reconciliación desde donde hay que comprender el sentido del arte y, por consiguiente, la noción de belleza y de vacío.

Para Zambrano, el arte es el espacio de la unidad abierta en donde anida y crece el mundo de las ideas y el mundo de las sensaciones. La dimensión artística plantea el problema del espacio, del tiempo y del movimiento. Manifiesta, explícitamente, que la creación es creación porque es experiencia que nos remite al pasado en función del devenir; así pues, el arte no puede despojarse de las coordenadas espacio/temporales, porque es la fijación de la experiencia a través del experimento. El arte cautiva y enriquece porque ofrece una doble mirada hacia el universo y de este modo, nos hace sentir centrales y periféricos a la vez; nos enseña que el difícil camino humano contiene un movimiento doble –hacia fuera y hacia dentro- que nos otorga una visión del acontecer como viaje. Así, cuando parece que la vida nos impulsa a buscar lo innovador, reconocemos que hay que contrastarlo siempre con lo antiguo, y regresamos al origen; es entonces cuando comprendemos que la búsqueda de lo nuevo y el retorno al origen son una y la misma cosa, y bajo esta comprensión descubrimos

el sentido del arte en la búsqueda de la armonía y de la reconciliación.

En este texto se refleja que el sentido zambraniano del arte nos sitúa en el vertiginoso y seductor escenario de la tensión. Desde el sentido de la belleza y del vacío se plantea la ausencia del monólogo; y la creación artística, aunque aparezca bajo la máscara del monólogo, manifiesta tensión y polifonía, puesto que expresa el coro de voces que compone la realidad del ser humano y del acontecer.

El arte es también una forma de reconocimiento y de creación. Zambrano defiende en él el sentido de la individualidad, porque considera que hay algo del contenido del sujeto –artista- que se expresa; y desde esta valoración también debería concebirse como proyección psicológica, como canalización del individuo con sus propios impulsos. Así, desde el espacio artístico, el individuo aparece como un luchador incansable que desea expresar lo que resulta difícil de representar, y en esta lucha se genera la posibilidad de crear. De este modo se produce el vínculo ente la expresión y la representación, y el arte se define como una universalidad que contiene el sentimiento individual. Así pues, en él se median lo universal y lo particular, y esta realidad lo convierte en objeto a la vez que revela su dimensión comunicativa. De manera que el arte contiene un carácter lingüístico que indica que hay en él algo que cristaliza y que posibilita la experiencia estética. Permanece vinculado a la sociedad a través de un lenguaje natural, que tendría que ver con el *logos*, que es tanto la esencia del lenguaje como lo significado en él, cuya estructura permite la expresión dialéctica de un pensamiento. Esta comunicación, a la que el *logos* incita, señala que el pensamiento pide expresión porque también es pensamiento social.

El arte y la obra de arte nacen como mensaje de amor y conocimiento. Manifiestan también que la imagen, la palabra, la idea se componen bajo la necesidad del ser humano de concebir un mundo de máscaras que le per-

mita surgir desde *el ser visto sin ver al ver sin ser visto*, y este proceder humano implica una trasgresión. Desde aquí se aúnan la palabra perdida y el arte, en el concepto de vacío concebido como belleza. La palabra perdida, como palabra auténtica, es el vacío en torno al cual se genera y estimula el lenguaje humano. Así, la génesis del silencio supone la articulación de la palabra que, a su vez, implica el instante del silencio. En Zambrano, el inicio se da siempre como el instante de la vinculación entre uno y otro, y se concibe como el imposible de recuperar, puesto que en realidad nunca llega a ser otro más que interrupción. Es el instante de la discontinuidad en la continuidad. De modo que la palabra estaría rodeada de un referente inefable que lo cerca y lo fecunda; aceptar este referente no indica que el decir no sea necesario, sino que manifiesta que resulta insuficiente y, por lo tanto, el mundo representado no es más que un indicio de otro mundo nunca expresado plenamente en la palabra. Así pues, la dificultad de expresar lo que brota del impulso inicial, permite el reconocimiento de territorios inescrutables.

Zambrano atiende, pues, a la vertiente comunicativa del arte, pero señala, desde el sentido de la belleza, que la dimensión artística exige explorar límites, trascender para aproximarse a las dimensiones más ocultas, en donde yace la inmensidad y la plenitud del vacío. Así pues, sugiere entender el arte *no como una corporeidad, sino como una concavidad*, y desde esta valoración se revela como vacío. La autora entiende el vacío como un elemento eminentemente activo y dinámico, que constituye el lugar por excelencia donde se generan las transformaciones y donde se alcanza la plenitud. El vacío es el que permite el proceso de interiorización y transformación, mediante el cual se descubre la identidad, la alteridad y el sentido de la evolución personal.

En el pensar zambraniano, el vacío es un sentimiento de soledad que dibuja un paisaje de tono espiritual. Así pues, más allá de la subjetividad empírica anida el vacío, que recuerda

que este individuo que somos tiene algo más que subjetividad, y este algo más responde a un espacio de vacío que es posible colmar mediante el arte y que se puede nombrar belleza.

Desde estas consideraciones, el arte resulta ser un diálogo entre expresión y representación, en el que actúa el juego del rostro y de las máscaras. La obra de arte debería manifestar la tensión entre la constante búsqueda de una forma capaz de redimir, y la difícil posibilidad de obtenerla. Así, desde esta tensión, adquiriría sentido y belleza, y se comprendería mejor que desde lo artístico es posible comprender el sentido de la belleza concebida como vacío.

La belleza se revela como aquello que posee autonomía y que presenta la serie posible de las manifestaciones posibles de lo bello, se explica y se describe a través de sí misma, no tiene necesidad de interpretaciones. Posee algunas características que la aproximan al símbolo, puesto que como a él, le pertenece la temporalidad de la metamorfosis manifestada en una circularidad intermitente e independiente de la sucesión lineal. De modo que el acontecer no se agota en su presencia, sino que se introduce en una dinámica de actualizaciones liberada de la rigidez de las sucesiones monológicas y lineales. Cuando se tiene la tentación de dar forma a la belleza, es decir, de entenderla como la forma de las formas, como forma simbólica por excelencia, el pensar zambraniano nos invita a huir de esta tentación para concebirla como revelación que emerge en todas partes y en ninguna, puesto que su realidad no reside en la estabilidad de un ente absolutamente inidentificable; su ser es su mismo aparecer, que puede ser contemplado y vivido, pero nunca poseído por un dominio cuyo talante es la seguridad y la certeza.

Para encontrar el sentido de la belleza, se nos advierte que deberíamos rasgar las tinieblas y superar las convenciones. Y, desde esta actitud, se entendería que Apolo ya no es pura

forma, puesto que deberá compartir su dominio con la imperfección y con la heterogeneidad de lo viviente, para descubrirse, al fin, como forma viviente. Su realidad se expresa cuando se encuentra en aquel espacio, en el espacio del vacío, en donde subyace el lenguaje que va más allá de la palabra, aquel lenguaje que deja infinitamente activa la imagen sin delimitarla en un concepto. Así pues, el arte es la forma de la belleza capaz de mostrar el nacimiento metamórfico de la forma que no está fijada, sino que es por sí misma formación y transformación.

A través de este texto se manifiesta, una vez más, que el pensamiento zambrano plantea los límites del poder del *logos*. Nos sugiere pensar la belleza como vacío. La belleza contiene razón y sensibilidad, la belleza se manifiesta en la temporalidad del instante, y subyace en el lugar de la plenitud del vacío, que se genera y se percibe en la diferencia entre el momento efímero en el que se alcanza la plenitud y el vacío de la realidad no-bella. El vacío se produce cuando el hombre habita en el límite entre la expresión y la representación, cuando descubre que es materia de inteligencia y de pasión, es carne del límite, y cuando se declara sujeto de conocimiento y de comprensión.

La belleza, entendida como vacío, señala que el sentido de la vida pide un resquicio

de ingenuidad y de inocencia. La belleza es melancolía, éxtasis, encanto, pero también es aspiración, proyección y tensión; es un todavía no-presente, es una tensión y una aspiración hacia su confirmación. Como dice Zambrano en este texto: *“Y en vez de la nada, un vacío cualitativo, sellado y puro a la vez, sombra de la faz de la belleza cuando parte. Mas la belleza que crea ese su vacío, lo hace suyo luego, pues que le pertenece, es su aureola, su espacio sacro donde queda intangible.”*

Desde la contemplación de la belleza concebida como vacío, nuestra autora nos impulsa a ir más allá, donde se puede ser otra cosa; nos incita a descubrir este espacio vacío y bello, en donde es posible la permanente transformación y evolución de sí mismo, en donde no resulta difícil captar el sentido de lo eterno desde el reconocimiento de lo efímero, y en el que se descubre, finalmente, el sentido de la belleza en sus relaciones más simples y en su más profunda plenitud.

Desde este texto es posible valorar que Zambrano cultiva, en todo momento, el sentido del misterio y de lo sagrado, y atiende al poder de la transformación de la palabra. Nos enseña que del mismo modo que en la ausencia está la vida y en el silencio la palabra, el dolor y el reconocimiento del vacío no son más que un tránsito hacia el amanecer, hacia la belleza.